



Un día cualquiera almorzaba en la universidad con unos compañeros de carrera y, mientras hablábamos de muchos temas, surgió uno que me generó un particular interés: una amiga me comentó que hacía poco tiempo un hermano suyo había tenido una bebé y que entre las primeras cosas que había hecho, además del bautizo, ponerle aretes, el registro civil, etc., estuvo comprarle una “manilla contra el mal de ojo”. Esto me causó una instantánea curiosidad, ya que mi familia nunca tuvo la iniciativa de usar ese tipo de amuletos de protección. Luego, indagando con gente de mi edad, me di cuenta de que este tipo de prácticas era más común de lo que me imaginaba.

Así, comencé a indagar en qué lugares de Cali podría encontrar a las personas más adecuadas para realizar mi investigación. El fin de semana me decidí de una vez por todas a irme de safari por el centro de la ciudad, lugar de permanente confluencia de muchos factores, situaciones, perspectivas, olores, colores y sabores. Al llegar, pregunté por mis personajes a entrevistar: los yerbateros. Mi primera impresión estuvo relacionada con las respuestas de la gente sobre su ubicación, pues no existe un acuerdo: “depende”, me decían, “los yerbateros se hacen hacia la Octava, como por el Pasaje Cali, pero si está buscando a los indios tiene que ir más allá”. Llegué primero donde una yerbatera de contextura maciza; estaba sentada en una sillita muy pequeña, al lado de su carro lleno de ramas, plantas y yerbas. Se notaba que estaba muy ocupada. Mientras pagaba su almuerzo, y revolvió uno de sus “brebajes”, le pregunté por las manillas del ojo, y me dijo que eso tomaba tiempo, y que no las tenía en ese sitio. Seguí

caminando mientras un señor que atendía un local de zapatos me dio la indicación de que si quería llegar donde “los indios” tenía que tener mucho cuidado: “Vea, niña, esos indios son muy avispados, esos son indios de ciudad, ya saben cómo es la vuelta, lleve el dinero sencillo y dígalos de una vez cuánto tiene. Las ventas de hierbas se prestan para muchos fines, usted hace unas simples preguntas y eso después le van cobrando veinte mil por la entrevista... Ah y no se deje rezar de nadie”.

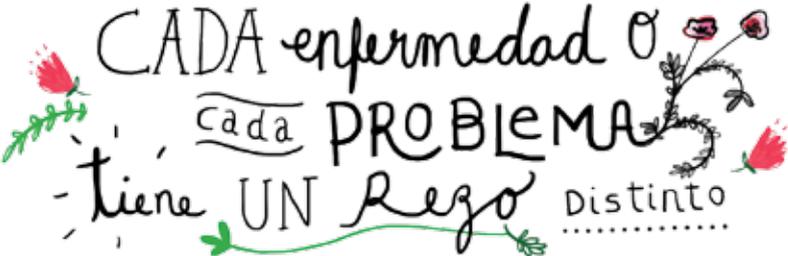
Sin duda, un poco perturbada por su recomendación, finalmente llegué a una calle donde se encontraban muchos carros del mismo tipo, y ya con las manillas extendidas, infinidad de yerbas, algunos frascos de varios tamaños con líquidos de colores y muchos libros. Me paré frente a uno de los puestos de venta y le pregunté a la mujer que atendía si le podía hacer algunas preguntas sobre su historia y sobre lo que hacía. Se mostró algo reacia y temerosa de darme información, alcanzó a explicarme algunos asuntos antes de sugerirme que mejor llamaba a José, que ese sí sabía bien cómo era el negocio. José, de contextura normal, rasgos indígenas, camisa Adidas y con muchos collares en su cuello, tiene 36 años y aún no tiene familia. Dice que no ha encontrado a la mujer con la cual compartir y está en el negocio desde muy pequeño. Su papá, que en paz descansa, y su mamá, la cual es una curandera muy poderosa, le enseñaron todo lo que sabe. No le gustan las preguntas, así que procuré que la información que necesitaba, se diera más en medio de una conversación, como una charla amena a partir de temas que fueran surgiendo, siempre y cuando él estuviera dispuesto a contestarme.

“Los indios del Putumayo somos los que sabemos cómo se hace esto. Aquí entre nos, la mayoría de los blancos que se dedican a lo de las protecciones son puros charlatanes. La gente de Putumayo sabe porque están dotados de una sabiduría ancestral, si las cosas que uno le entrega al cliente/paciente [usaba los términos indistintamente] no están curadas y rezadas como son, no sirven de nada y la gente no se da cuenta de eso. La magia es muy importante de donde vengo, la gente de la ciudad, no sabe que detrás de muchas desgracias y situaciones hay

poderes más importantes y se desgastan yendo al psicólogo o al médico y ellos allá no solucionan nada, porque no se trata de eso”.

José me explicaba que un curandero/yerbatero es un ser dotado de poderes especiales y específicos, así que me pareció coherente que considerara que la gente que vende manillas de ojo sin ningún tipo de ritual previo fueran charlatanes. Parte importante de la protección que busca la gente en los rituales de protección y la manilla es que estén dotadas de un sentido místico; los chamanes son importantes canales, por medio de los cuales, seres más poderosos a nosotros intervienen y se representan contundentemente, dotando de amparo a su portador. José reconocía que en su familia lo de las protecciones mágicas era un negocio familiar. Su hermana tiene un puesto igual al suyo, 100 metros más al fondo, y su mamá -que ya es una curandera experta, como él solía decirlo-, es la que se encarga de los asuntos graves. “Yo vendo la manilla del ojo, hago pociones para el trabajo y la prosperidad tanto para la persona, como para un negocio o para una casa, pero si ya viene alguien enfermo yo no voy a mentir diciéndole que puedo curarlo, cada enfermedad o cada problema tiene un rezo distinto, y si uno no se los sabe no tiene porqué cobrar por eso”.

Le pregunté más por el tema del mal de ojo, me explicó que eso es un mal muy legendario, más de lo que la gente cree, y que los indios saben mucho de estos temas. Me habló tanto de las personas que causan el mal,



CADA enfermedad o  
cada PROBLEMA  
tiene UN Rezo distinto

como de las personas que pueden sufrirlo. No todas las personas, según José, pueden provocar un mal de ojo, el mal de ojo es provocado solo por aquellas personas que llevan dentro de sí una energía muy pesada, son personas “maldadasas” por naturaleza, me decía, y queriéndolo o no, pueden dejar impregnada parte de su energía negativa en el cuerpo y en el ser de sus víctimas, las cuales, indefensas frente a esta agresión inesperada, se sienten enfermas, decaídas, y hasta agotadas tanto física como mentalmente, al no encontrar en primera instancia una razón válida y confirmada de sus dolencias.

Los bebés entre 0 y 6 meses llegan a un mundo que está lleno de malicia. Son los seres humanos más vulnerables al mal del ojo, su mecanismo de protección natural es casi nulo, a pesar del buen cuidado que puedan recibir de sus padres; están desprovistos de cualquier seguridad. Por eso se hace útil la utilización de la manilla.

José me explicaba que la manilla, más que un amuleto contra este tipo de males, funciona como un escudo; las oraciones indígenas activan los poderes de la manilla y, en el momento en que alguien quiera hacerle daño al portador de la misma, la magia y el poder de la manilla contrarrestan automáticamente la energía contraria perjudicial que hubiese querido entrar. Por eso, la mayoría de veces que la manilla ha cumplido su función o ha recibido una descarga de un intento de mal de ojo generalmente se rompe. La manilla del ojo puede funcionar en personas adultas que ansían protección, aunque son los padres de los niños, o incluso sus abuelos, los que acuden a estos métodos, buscando protección.

¡La magia sirve para curar! Premisa importante: la magia, efectivamente, cura, porque se ha visto, porque produce modificaciones fisiológicas, genera un trastorno en el cuerpo; la cura es lógica si entendemos que es importante creer, el creer la hace real, porque hace que el individuo comparta el universo simbólico que la hace visible. La magia opera mediante sugestión influenciada y organizada en una forma de pensamiento (manipulación de las ideas = manipulación de los órganos).



Los colores, el tejido, las oraciones y todo lo que constituye la manilla, no están ahí arbitrariamente, al contrario, son y tienen un significado importante dentro de las prácticas en las cuales se dotan de sentido. Recuerdo mucho, por ejemplo, que las manillas de ojo además de la bisutería, tenían un dije de una mano en forma de puño, que representaba la misma protección que se busca con la manilla.

Los seres humanos tejemos diversos hilos que tejen nuestra red simbólica: la complicada trama de la experiencia humana. Cuando el hombre ya no puede enfrentarse con la realidad directamente vive más bien en la niebla de las emociones imaginarias, entre esperanzas y temores, en ilusiones y desilusiones, en sus fantasías y en sus sueños. En el universo simbólico que representa José dentro de su carrito con ramas de laurel, caléndula y manzanilla, está el amor.

Sí, el amor, ese mismo que se actualiza y se hace público en estados de Facebook. El que algunos experimentan a diario y el que otros anhelan encontrar mientras ven la saga completa de Twilight. El que algunos cantan a toda voz a ritmo de *Someone like you* de Adele... José lo tiene en frascos, amor instantáneo, amor rompe cachos, guía chamánica para encontrar el amor verdadero e incluso para “atrapar al amor platónico”. “Qué cosa más mística que el amor”, me explicaba José con toda seguridad. “La magia y el amor, la gente no sabe y terminan siendo la misma cosa, casi primas, confluyen en la misma...” (constelación supuse yo), mientras José agitaba las manos hacia arriba indicándome dónde.

Para que las fórmulas de los jarabes, polvos, té de yerbas, pepitas de diversas plantas en el bolsillo o billetera funcionen es importante que las fuerzas del amor lleguen al blanco (amante en potencia) por sorpresa. Es aquí donde observamos nuevamente el cholado multicultural en todo su esplendor, acudimos a las ancestrales fuerzas de la magia y los poderes ocultos de lo desconocido (cabén aquí muchas fuerzas sobrenaturales) para acercarnos a la posibilidad real de obtener lo que efectivamente queremos en cuestiones del amor y que posiblemente sin ese extra-poder nunca creeríamos ver materializado; es decir, para que aquel se comporte como queramos, para que vuelva, para que sea el Dicaprio o el Johnny Depp que siempre hemos querido a nuestro lado.

Dentro de los últimos aspectos clave que rescato de nuestra conversación, fue cuando formulé una de mis inquietudes acerca del uso de las fuerzas oscuras que utilizan algunos yerbateros o curanderos dentro de los servicios que prestan. ¿Él era uno de esos? José fue muy enfático contestándome: “hay que tener mucho cuidado con eso, la magia puede utilizarse tanto para el bien como para hacer mucho daño, de eso estoy seguro, porque hasta lo he visto, pero si quieres mantener alejada la maldad en tu vida tienes que aprender a que también esté fuera de tu trabajo”.

De donde él viene creen mucho en que todo lo que nos sucede guarda una intrincada relación con tus decisiones. En la medida en que se usen los poderes de la naturaleza y las oraciones para hacer el mal, muy probablemente el mal llegará también a la vida de uno. Para él, como para muchos dentro de su comunidad y las personas que se dedican a este oficio, la naturaleza es sabia y nos corresponde a nosotros guardar ese estado de equilibrio con todas las energías y con todos los seres. “Por eso le repito, me dijo, aquí se rezan y se curan manillas para el ojo, se cura del ojo, se hacen limpiezas, lavados e infusiones tanto para el negocio, como para la persona, pero solo en pro de conseguir prosperidad, volver a recuperar un viejo amor, alejarse de las malas compañías o perpetuar la abundancia”. Cosa diferente a lo que observé en ciertos locales dentro de algunos pasajes comerciales, como el de “la Diosa de la Fortuna”, que

más que yerbas y “menjurjes naturales” vende en su tienda frasquitos con esencias ya muy elaboradas para todos los males, pero también para infundirlos. Dentro de tantos, puse especial atención en un frasco que se describía como “el tumba trabajos”. Dentro de mi curiosidad y aunque la etiqueta lo explicaba bien, le pregunté a la Diosa cómo funcionaba específicamente el producto y me dijo: “Pues así como lo ve, niña, si usted ve que alguien está estorbando en su camino, que alguien tiene el puesto que usted de verdad desea, dele a tomar unas goticas de esto y vea... santo remedio, esa persona o renuncia o la despiden para que le den un espacio en ese trabajo que usted se merece”.



Pamela MEIRELES Guerrero

Es mujer, brasilera. Estudiante de antropología, por pasión; estudiante de derecho, por cosas de la vida. En el brazo lleva una cometa que la hace volar. Lady Gaga es su cantante favorita y adora escribir sobre las cotidianidades del mundo.

Ilustración y tipografía: Natalia Ayala Pacini

